

asomó una cabeza calva y el tronco desnudo de un cuerpo que trataba de abrirse paso entre aquel monton de cadáveres que le sofocaba con su peso. Era éste uno de los presos, que volvía del desmayo en que le había sumido la mucha sangre que había vertido, y que tenido por muerto por los asesinos, se había guarecido debajo de los muertos para evitar los golpes que debían concluirle. El infeliz trataba de desprenderse de aquella porcion de cuerpos mutilados en donde estaba metido hasta la cintura, y espiaba con una mirada furtiva hácia qué lado debía arrastrarse para encontrar un asilo. Ya los testigos mudos de esta inesperada resurreccion le hacían signos de inteligencia y de compasion. Por ellos estaba salvo; pero uno de los asesinos, volviendo por casualidad á aquellos sitios, vió al pobre anciano, y aproximándose á él con el sable levantado, le dijo: «¡Ah! Tú te despiertas. Espera, yo te haré dormir otra vez por más tiempo». Diciendo esto, le abrió la cabeza de un sablazo y le acostó de nuevo sobre aquella cama de la muerte.

Desde allí los matadores se fueron á las dos cárceles de Versalles, y á pesar de los esfuerzos de Richaud, degollaron diez presos. Los restantes debieron su libertad á la intrepidez, á la elocuencia y á los engaños piadosos de aquel generoso magistrado. No había cesado éste hacía dos dias de advertir al poder ejecutivo los peligros que amenazaban la vida de los presos de Versalles, y de reclamar fuerzas de París. Alquier, presidente del tribunal de Versalles, fué dos veces á casa de Danton, ministro de Justicia, para que proveyese, segun era de su deber, á la seguridad de las cárceles. La primera vez Danton se excusó; la segunda se irritó por una insistencia que agitaba los remordimientos ó la impotencia de su corazón. Mirando á Alquier con una impresion asaz significativa, y como quien quería ser entendido, le dijo con voz áspera é imponente: «Mr. Alquier, esos hombres son muy culpables, muy culpables. Volved á vuestras ocupaciones, y no os mezcleis en este asunto. Si yo hubiera podido responderos otra cosa, ¿no comprendéis que ya lo hubiera hecho?» Alquier se retiró consternado. Había comprendido perfectamente.

Estas palabras escapadas á la impaciencia de Danton son el comentario de las que profirió el 2 de Setiembre en la Asamblea.

«La patria se ha salvado,—dijo,—la campana que se va á tocar no es una señal de alarma, es la de la carga que va á darse á los enemigos de la patria. Para vencerlos, para aterrarlos, ¿qué es lo que se necesita? ¡Audacia, audacia y siempre audacia!» El sentido que tenían estas palabras en su pensamiento se manifestó bien á las claras en la noche que siguió á los asesinatos de Versalles. Los asesinos de Brissac y de Lessart volvieron á París en cuanto anocheció, y se presentaron bajo las ventanas del ministerio de Justicia, pidiendo armas para volar á las fronteras. Danton se levantó de la mesa y apareció en el balcon. «No es el ministro de Justicia, sino el de la revolucion, el que os da las gracias», —les dijo. Jamás ningun exterminador reconoció más descaradamente á sus cómplices. Danton violaba las leyes que estaba encargado de defender, y aceptaba la sangre que estaba encargado de vengar; fué ministro, no de la libertad, sino de la muerte. Los crímenes de Setiembre no deben achacarse á la libertad, son exclusivamente obra de unos cuantos malvados.

LIBRO VEINTISIETE.

El ejército.—Dumouriez se mantiene en el Argonne.—Kellermann.—Miranda.—Campo de Sainte-Menehould.—Posicion de Kellermann.—El duque de Chartres.—Su retrato.—Valmy.—Victoria.—Retirada del ejército prusiano.—Inaccion.—Perseverancia de Dumouriez.—Acalla las murmuraciones de sus tropas.—La república es reconocida en los campamentos.

I

Mientras que el interregno del reinado á la república entregaba así París á los satélites de Danton, Francia, con todas sus fronteras abiertas, no tenía más salvacion que el bosque de Argonne y el genio de Dumouriez.

Hemos dejado el 2 de Setiembre á este general encerrado con diez y seis mil hombres en el campo de Grandpré, y ocupado con débiles destacamentos los desfiladeros intermedios entre Sedan y Sainte-Menehould, por donde el duque de Brunswick podía tratar de romper su línea y envolver su posicion. Aprovechando hora por hora la lentitud de su enemigo, hacía tocar á rebato en todos los pueblos y ocupar las dos vertientes del bosque de Argonne, se esforzaba por excitar entre sus habitantes el entusiasmo patrio, hacía cortar los puentes y los caminos por los que el enemigo debía abordarle, y talar los árboles para dificultar los menores pasos. Pero la toma de Longwy y de Verdun, las inteligencias de los hidalgos del país con los cuerpos de emigrados, el aborrecimiento á la revolucion y la masa desproporcionada del ejército coligado, dificultaban la resistencia. Dumouriez, abandonado á sí mismo por los habitantes, no podía contar sino con sus regimientos; los batallones de voluntarios que llegaban lentamente de París y de los departamentos, y que se organizaban en Chalons, no traían consigo más que la inexperiencia, la indisciplina y el terror. Dumouriez temía más que deseaba semejantes auxiliares. Su única esperanza consistía en su union con el ejército que Kellermann, sucesor de Luckner, le traía de Metz; si esta union podía operarse á retaguardia del bosque de Argonne antes que las tropas del duque de Brunswick hubiesen forzado este muro natural, Kellermann y Dumouriez, reuniendo sus fuerzas, podían oponer una masa de cuarenta y cinco mil combatientes á los noventa mil coligados, y jugar con alguna esperanza la suerte de Francia en una batalla.

Kellermann, digno de comprender y de secundar este gran pensamiento, servía sin celos al designio de Dumouriez, satisfecho con su parte de gloria con tal que la patria se salvase. Este se trasladó oblicuamente desde Metz á la extremidad del Argonne, avisando á Dumouriez de todos los pasos que daba hácia él. Pero la inteligencia secreta que tenían estos dos generales quedaba oculta para la masa de

oficiales y tropas; en el campo mismo de Dumouriez no veían en esta inmovilidad sino una obstinación fatal en intentar lo imposible, y presagiaban la pérdida cierta del ejército, que iba á ser presa de los numerosos cuerpos con que el duque de Brunswick iba á envolverlo y ahogarlo. Los víveres eran escasos y malos, y el general mismo no comía otro pan que el de municion; no tenían más que legumbres, y nunca carne, cerveza ni vino. Las enfermedades, consecuencia de las privaciones, trabajaban las tropas; las murmuraciones sordas agriaban los espíritus; los diputados, los ministros, Luckner mismo, influidos por la correspondencia del campo, no cesaban de escribir á Dumouriez para que abandonase su comprometida posición y se retirase á Chalons. Sus amigos le advertían que el perseverar más en aquella situación sería causa de que se le destituyese, y acaso de que se expidiese un decreto de acusación contra él.

Sus propios tenientes forzaron una mañana la entrada de su tienda, y comunicándole las impresiones del ejército, le representaron la necesidad de una retirada. Dumouriez, confiado en sí mismo, recibió sus observaciones con aspecto severo. «Cuando os reuna en consejo de guerra,—les dijo,—atenderé á vuestros consejos; pero en este momento no escucho más que á mí mismo. Volved á vuestros puestos, y no penseis sino en secundar los designios de vuestro general.» La firmeza del general inspiró confianza á sus tenientes; porque el genio tiene misterios que se respetan aún ignorándolos.

Unas ligeras escaramuzas, siempre felices, entre la vanguardia de los prusianos, que avanzaron al fin hácia el bosque, y los puestos de Dumouriez, devolvieron la paciencia á las tropas; los tiros y el paso de ataque son la música de los campamentos. Miaczinski, Stengel y Miranda rechazaron en todas partes á los prusianos. Ya nos son conocidos Miaczinski y Stengel, que habían sido escogidos por Dumouriez; Miranda le había sido enviado poco tiempo ántes por Petion. El general quiso ponerle á prueba desde el primer día, y quedó contento de él.

Miranda, que tomó despues tanta parte en las victorias y reveses de Dumouriez, era uno de esos aventureros que no tienen más patria que los campamentos, y que prestan sus brazos y sus talentos á la causa que les parece más digna de su sangre. Miranda había adoptado la de las revoluciones para todo el universo. Natural del Perú, noble, rico y con influencia en la América española, había intentado desde su juventud librar á su patria del yugo de España. Refugiado en Europa con parte de sus riquezas, había viajado de nación en nación, instruyéndose en seis lenguas, en la legislación y en el arte de la guerra, y buscando en todas partes enemigos á España y auxiliares de la libertad. La revolución francesa le había parecido el campo de batalla de sus ideas, y se precipitó en él. Ligado con los girondinos, hasta entónces demócratas más avanzados que los demas, había obtenido de ellos por Petion y por Servan el grado de general en el ejército. Ardía este general por hacerse un nombre en la guerra de nuestra independencia, para que este nombre, resonando en América, le preparase en su patria la popularidad, la gloria y el papel de un Lafayette. Miranda, desde el primer día de su llegada al campo, mostró aquel arrojo de aventurero que naturaliza á los extranjeros en un ejército. Otro extranjero, el jóven Macdonald, descendiente de una raza militar de Escocia trasplantada á Francia desde la revolución de su país, era ayudante de campo de Dumouriez, y aprendía en el campamento de Grandpré, bajo las órde-

nes de su jefe, cómo se salva una patria. Andando el tiempo y á las órdenes de Napoleon, aprendió á ilustrarla; mariscal de Francia al fin de su vida, fué un héroe desde sus primeros pasos.

II

Dumouriez inutilizaba en esta posición el choque de noventa mil hombres que el rey de Prusia y el duque de Brunswick aglomeraban á las inmediaciones del Argonne, haciéndoles perder el tiempo, que es tan precioso elemento de éxito en las guerras de invasión. Tranquilo por su frente, defendido por cinco leguas de bosques y barrancos inaccesibles, tranquilo por su derecha, cubierta por los cuerpos de Dillon y bien pronto fortificada por los veinte mil hombres de Kellermann, tranquilo por su izquierda, y libre de toda sorpresa por los destacamentos que había situado en los cuatro desfiladeros del Argonne, por el cuerpo de Miaczinski, que le flanqueaba en Sedan, y por el ejército del campo de Maulde, que su amigo el jóven y valiente Beurnonville le traía á marchas forzadas, un azar lo comprometió todo.

Rendido de fatiga en el cuerpo y en el espíritu, se había olvidado de reconocer por sí mismo el desfiladero de la Croix-au-Bois que tenía á su inmediación, y que le habían pintado como impracticable para las tropas, y sobre todo, para la caballería y la artillería. Sin embargo, le había hecho ocupar por un regimiento de dragones, dos batallones de voluntarios y dos piezas, mandados por un coronel; pero de resultas de un movimiento parcial que llamó al campo de Grandpré al regimiento de dragones y á los dos batallones de la Croix-au-Bois ántes que el batallón de Ardenes que debía reemplazarlos llegase á su puesto, el desfiladero estuvo un momento abierto al enemigo. Los numerosos espías voluntarios que los emigrados tenían en las aldeas del Argonne se apresuraron á ir á anunciar esta falta al general austriaco Clairfayt. Este lanzó al instante ocho mil hombres, al mando del jóven príncipe de Ligne, á la Croix-au-Bois, de que se apoderó. Algunas horas despues, Dumouriez, informado de este reves, dió al general Chazot dos brigadas, seis escuadrones de sus mejores tropas, cuatro piezas además de las de los batallones, con orden de atacar á la bayoneta y apoderarse del desfiladero á toda costa. De hora en hora, el general, impaciente, enviaba á Chazot sus ayudantes de campo para que apresurase su marcha y para que le trajesen noticias. Veinticuatro horas se pasaron en esta duda. En fin, el 14, Dumouriez oyó cañonazos sobre su izquierda, y juzgó por el estruendo, que se alejaba, que los imperiales se retiraban, y que Chazot penetraba en el bosque. Aquella noche, un pliego de Chazot le instruyó de que éste había forzado las trincheras de los austriacos, defendidas por el enemigo con un valor desesperado, que ochocientos muertos yacían en el desfiladero, y que el mismo príncipe de Ligne había pagado con la vida su conquista de un día.

Pero apénas este expreso había llegado al campo de Grandpré, y Dumouriez descansaba en su seguridad, cuando Clairfayt, ardiendo por vengar la muerte del príncipe de Ligne y por dar un asalto decisivo á este baluarte del ejército francés, lanzó sus columnas en el desfiladero, se apoderó de las alturas, abrasó con sus fuegos la columna de Chazot por el frente y flancos, le tomó sus cañones, interceptó sus comunicaciones con el campo de Grandpré, y le rechazó haciéndole huir

en derrota sobre Vouziers. Al mismo tiempo, los cuerpos de emigrados atacaron al general Dubouquet en el desfiladero de Chene-le-Populeux. Franceses contra franceses, el valor es igual; los unos combaten por salvar una patria, los otros por reconquistarla. Dubouquet sucumbe, evacua el paso, y se retira sobre Chalons. Estos dos desastres llegan á un tiempo á noticia de Dumouriez. Chazot y Dubouquet parece que le trazan el camino: el grito del ejército entero indicaba á Chalons como punto de refugio. Clairfayt, á la cabeza de veinte mil hombres, iba á cortarle las comunicaciones con aquella ciudad. El duque de Brunswick, con setenta mil prusianos, le encerraba por tres lados en su campo de Grandpré, y sus destacamentos, extraviados y sin retirada posible, reducian el ejército á quince mil combatientes. Morir de hambre en estos atrincheramientos, rendir las armas ó hacerse matar inútilmente sobre una posicion ya envuelta, tales eran las tres alternativas que se le presentaban al general. El camino de Chalons, aún abierto á su retaguardia, iba á ser ocupado dentro de dos dias por Clairfayt. No habia más que un dia para precipitarse sobre aquel pueblo y ocuparlo. La necesidad parecia trazarle su plan de campaña, pero este plan era una retirada, y una retirada ante un enemigo vencedor en dos combates parciales era inclinar la frente de Francia ante el extranjero. La audacia de Danton pasó de repente al alma y á la táctica de Dumouriez. En una hora concibió un plan más temerario que el de Argonne; cerró los oidos á los consejos tímidos de los hombres de la profesion, y no escuchó sino al entusiasmo de aquel arte que no tiene más reglas que el genio. Se encerró con sus ayudantes de campo y con los jefes de los cuerpos, y dictó á cada uno las órdenes que debian cambiar la direccion de los generales y de los cuerpos de ejército, ordenándoles otras nuevas maniobras.

A Kellermann le dió orden de continuar su marcha y de dirigirse sobre Sainte-Menehould, pequeño pueblo á la extremidad del bosque de Argonne, en las últimas ondulaciones del terreno entre los Ardennes y la Champagne.

A Beurnonville, la de marchar á Rethel costeano el rio Aisne, evitando el aproximarse á Argonne para librar á sus flancos de ser atacados por Clairfayt.

A Dillon, de defender hasta el último extremo los desfiladeros del Argonne que separaban aún á los prusianos sobre la derecha de Grandpré, y de destacar tropas ligeras al otro lado del bosque, envolviendo su extremidad por Passavant, con el fin de dificultar por este lado la marcha del duque de Brunswick, y ponerse más pronto en comunicacion con la vanguardia de Kellermann.

A Chazot, la de volver á Autry.

Al general Sparre, que mandaba en Chalons, la de formar un campo delante de Chalons con los batallones armados que le llegasen del interior; reserva que Dumouriez preparaba para en caso de sufrir algun reves en una batalla.

Expedidas estas órdenes, condujo por sí mismo las tropas en la maniobra que quiso ejecutar por la noche, dirigiendo sobre las alturas que cubren la izquierda de Grandpré por el lado de la Croix-au-Bois, por donde le inquietaba Clairfayt, seis batallones, seis escuadrones y seis piezas de artillería en observacion contra un ataque inopinado de los austriacos, haciendo que á la caída de la tarde desfilase en silencio su parque de artillería por los dos puentes que atraviesan el Aisne, dirigiéndose á las alturas de Autry. Ningun movimiento da á conocer al enemigo, ni en el ejército ni en las avanzadas, la intencion de una retirada del ejército frances.



Los cadáveres del Chatelet y de la Conserjería apilados sobre el puente del Cambio. — Jornada del 3 de Setiembre. — Pág. 73.

El príncipe de Hohenlohe solicitó una entrevista para aquella noche, con el objeto de juzgar por sí el estado de aquel ejército. Dumouriez se la concedió y se hizo reemplazar en esta conferencia por el general Duval, quien por su edad avanzada, por sus cabellos blancos, por su alta estatura y por su actitud marcial y majestuosa, impuso al general austriaco. Duval afectó una gran seguridad, anunciando al príncipe que Beurnonville llegaria á la mañana siguiente con diez y ocho mil hombres, y Kellermann á la cabeza de treinta mil combatientes. Desconcertado en sus tentativas de negociaciones por la actitud de Duval, el general austriaco se retiró, convencido de que Dumouriez esperaria el combate en su campo.

A medianoche, Dumouriez sale á caballo del castillo de Grandpré, donde se alojaba, y sube á su campo en medio de las más espesas tinieblas. En el campo todos dormian. Dumouriez prohíbe que se toquen cajas ni cornetas, y hace pasar de boca en boca y á media voz la orden de plegar las tiendas y tomar las armas. La oscuridad y la confusion retardan la formacion de las columnas, pero ántes de los primeros albores del dia, el ejército está en marcha. Las tropas pasan en dos columnas los puentes de Senue y de Grandchamp, y se forman en batalla sobre las alturas de Autry. Cubierto ya por el Aisne, Dumouriez mira si el enemigo le sigue; pero el misterio que ha cubierto su movimiento ha desconcertado al duque

de Brunswick y á Clairfayt. El ejército corta los puentes á su retaguardia, se vuelve á poner en marcha y acampa en Dommartin, á cuatro leguas de Grandpré. Despertado dos veces durante la noche por alarmas esparcidas por la traicion ó por el miedo, Dumouriez monta á caballo dos veces, corre al rumor, se deja ver de sus tropas, las arenga, las tranquiliza, restablece el orden, hace encender grandes hogueras á cuyo resplandor los soldados se reconocen y reunen, y transmite á todos los corazones la confianza y la intrepidez de su alma. Por la mañana hizo dispersar por el general Duval una nube de húsares prusianos; estos húsares habian asaltado y puesto en derrota durante la noche el cuerpo del general Chazot, que se creyó atacado por todo el ejército enemigo. Los fugitivos, escapándose en todas direcciones, fueron á sembrar hasta Reims el terror de una derrota completa del ejército frances. El general, habiendo hecho coger por su caballería á algunos de estos fugitivos, los despojó del uniforme, les hizo afeitar la cabeza y las cejas, y los arrojó del campo, declarándolos indignos de combatir por la patria. Despues de esta ejecucion que castigaba la cobardía con el desprecio y que recordaba las lecciones de César á sus legiones, Dumouriez volvió á ponerse en marcha y entró el 17 en su campo de Sainte-Menehould.

III

El campo de Sainte-Menehould, del cual el genio de Dumouriez hizo el escollo de los coligados, parece haber sido designado por la naturaleza para servir de ciudadela á un puñado de soldados patriotas contra un ejército innumerable y victorioso. Consiste éste en una llanura elevada, extension de cerca de una legua cuadrada precedida por el frente que daba al enemigo por una cañada cortada, estrecha y profunda, semejante al foso de una muralla, protegida por sus dos flancos, por la derecha por el cauce del Aisne, y por la izquierda por estanques y lagunas intransitables para la artillería. La retaguardia de este campo estaba asegurada por algunos brazos cenagosos del Aube. Al otro lado de estas aguas pantanosas y á sus orillas se elevaba un terreno sólido y estrecho que podia servir de asiento á un segundo campamento. El general reservó este segundo campo á Kellermann. Leña, agua, forrajes, harinas, carnes saladas, aguardiente y municiones traídas en abundancia por los dos caminos de Reims y Chalons, mientras que estuvieron libres, dieron seguridad al general y alegría al soldado. Dumouriez habia estudiado esta posicion en algunos momentos de descanso desde el campo de Grandpré, y se estableció en ella con la infalibilidad del golpe de vista de un hombre que conoce el terreno y que no duda del éxito. Un batallon se situó en el castillo escarpado de Santo Tomás, que limitaba y cubria su derecha; tres batallones y un regimiento de caballería en Vienne-le-Chateau; las baterías sobre el frente del campo, que enfilaban la cañada; su vanguardia se apostó sobre las alturas que dominan al otro lado de la cañada el arroyuelo de Tourbe, y algunos puestos esparcidos sobre el camino de Chalons para mantener el mayor tiempo posible sus comunicaciones con este pueblo, que era su arsenal y su punto de reunion. Tomadas estas disposiciones y establecido el cuartel general en Sainte-Menehould, en el centro del ejército, Dumouriez, inquieto por los rumores de su pretendida derrota esparcidos por los fugitivos de Grandpré hasta Paris, se ocupó en escribir á la

Asamblea. «Me he visto obligado—decia al presidente—á abandonar el campo de Grandpré. La retirada estaba verificada, cuando un terror pánico se esparció en el ejército. Diez mil hombres han huido de mil quinientos húsares prusianos. Todo ha sido reparado, y yo respondo de todo.»

Mientras que Dumouriez tomaba así posesion del último campo de batalla que quedaba á Francia, y disponia con anticipacion el punto en que Kellermann y Beurnonville debian reunirse al grueso de sus tropas para vencer ó sucumbir con él, la fortuna engañó otra vez su prudencia, y parecia complacerse en inutilizar su genio. A la noticia de la retirada de Grandpré, Kellermann, creyendo batido á Dumouriez y temiendo caer, aproximándose á la extremidad del Argonne, en las masas prusianas que suponía al otro lado del desfiladero, habia retrocedido hasta Vitry. Los correos de Dumouriez le llamaban por momentos; entónces avanzó de nuevo, pero con la lentitud de un hombre que teme una celada á cada paso. Kellermann no poseía el secreto de la fortuna de Dumouriez, y obedeció titubeando.

Por otro lado, el amigo y confidente de Dumouriez, Beurnonville, que avanzaba desde Rethel sobre Grandpré con el ejército auxiliar del campo de Maulde, habia encontrado á los fugitivos de los cuerpos de Chazot. Desconcertado por la relacion de la derrota completa de su general, Beurnonville se trasladó con algunos caballos sobre una colina desde donde descubria Argonne y los picos pelados que se extienden desde Grandpré á Sainte-Menehould.

Esto era en la mañana del 17, á la hora en que el ejército de Dumouriez desfilaba en Dommartin sobre Sainte-Menehould. Al aspecto de aquella columna de tropas que ondulaba en la llanura, y de la cual la distancia y la niebla impedian distinguir los uniformes y las banderas, Beurnonville no dudó que fuese el ejército prusiano que iba tras de los franceses. Persuadido de esto cambió de camino, redobló el paso y se dirigió sobre Chalons para reunirse á su general. Informado allí de su error por un ayudante de campo, Beurnonville no dió más que doce horas de descanso á sus tropas fatigadas, y llegó el 19 con los nueve mil hombres agueridos que de tan léjos traía al campo de batalla. Dumouriez, que creyó tener la victoria segura viendo á estos valientes soldados, á quienes él llamaba sus hijos y al cual ellos llamaban padre, fué á caballo á recibir á Beurnonville, y desde que la columna le apercibió, oficiales, sargentos y soldados, olvidando sus fatigas y agitando los sombreros en la punta de sus sables y bayonetas, saludaron con una inmensa aclamacion á su general en jefe. Dumouriez les pasó revista, llamó á los oficiales por sus nombres, y conoció por las caras á los soldados. Estos batallones y escuadrones, que con tanta paciencia habia formado, disciplinado y habituado al fuego durante las lentas contemporizaciones de Luckner en el ejército del Norte, desfilaron delante de él cubiertos con el polvo de una larga marcha, con los caballos flacos, los uniformes viejos, los zapatos rotos, pero con las armas completas y brillantes como en un dia de parada.

Cuando los oficiales del estado mayor asignaron á cada cuerpo su posicion, y las armas estuvieron en pabellones al frente de las tiendas, los soldados, más ansiosos de ver al general que de comer sus ranchos, rodearon tumultuariamente á Dumouriez, unos acariciando su caballo, otros besando sus botas, éstos tomándole la mano y apretándose la familiarmente como si fuese la de un amigo, aquéllos